

tensa curiosidad espiritual y científica a la vez del siglo XII, y que darán lugar a los copiosos análisis psicológicos de Cistercienses y Victorinos.—E. G. A.

CHENU (M. D.): *Nature ou histoire? Une controverse exégétique sur la création au XII^e siècle*, en «Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Age», año 28, tomo XX, 1954, páginas 25-30.

Una vez más, por sus categóricas reflexiones hasta la violencia, Guillermo de Conches es un excelente testigo de los problemas que dividieron a su generación, en las opciones del nuevo género que imponía a la conciencia cristiana la apoteosis de una Teología concebida no como pura reflexión espiritual, sino como ciencia técnica de la palabra divina y de su economía terrestre.

El primer hecho de esta economía, primero en el tiempo y en el absoluto, es el hecho de la creación, objeto de la primera página de la Historia Sagrada, y también, precisamente en Chartres, donde vivía Guillermo, de la más afinada curiosidad de una «filosofía del mundo». Esta alta explicación del Cosmos venía a ser una conjunción admirable de un comentario del Génesis, primer capítulo de la Historia, y de una glosa del *Timeo*.

Al principio de su *Philosophia mundi*, Guillermo declara tomar posición en contra de la opinión casi general de quienes, so capa de exaltar la sabiduría y el poder de Dios al introducir el orden en el Universo, escamoteaban el juego simple de las leyes de la Naturaleza que bastan para conseguir este orden.

Todos los Padres, desde San Agustín hasta Honorio de Autun, son partidarios del caos primitivo según el sentido inmediato del texto bíblico *terra erat inanis et vacua*. Es suficiente recurrir a Hugo de San Víctor, que presenta y elabora en su suma magistral esta doctrina del caos.

Y es precisamente contra esta opinión contra la que reacciona Guillermo de Conches en nombre de la misma naturaleza cuya ley comporta un orden interno, constitutivo de las cosas. Los elementos son creados según su consti-

tución. Pero Guillermo debe hacer frente no solamente a los biblistas, sino también a los mismos intérpretes del *Timeo*, que parecen encontrar sólido apoyo en el siguiente texto: *Deus ex inordinata jactacione in ordinem redegit*. La réplica de Guillermo es, en cuanto a la exégesis inmediata, más sutil que convincente: no se trata de que Dios haya creado un universo informe, sino de que hubiera sido informe si Dios no lo hubiera creado. No es corrección, sino anticipación. No es derogar la gloria de Dios el atribuir a las cosas una naturaleza eficaz, sino, por el contrario, manifestarla; puesto que es el Autor de tal eficacia.

Santo Tomás confirmará a su manera esta interioridad de la Providencia en la naturaleza de las cosas. Admite contra Agustín la historicidad de *processus* de la creación.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

BOGLIOLO (Luigi): *Saggio sulla metafisica tomistica del conoscere*, en «Salesianum», enero-marzo 1955, Torino, año XVII, págs. 3-57.

No son problemas de gnoseología en sentido auténtico los que pretendemos estudiar en este escrito, sino mejor problemas relativos a la psicología metafísica del conocimiento. Las cuestiones que hemos de tratar interesan sobremanera a los estudiosos no escolásticos, ya que sobre este tema hay en los últimos años una bibliografía relativamente extensa.

La doctrina tomista del conocimiento, dispersa en diversos escritos de Santo Tomás, se ofrece a la consideración del estudioso con una estructura metafísica bien determinada. Santo Tomás ve el conocimiento humano como un hecho objeto de experiencia inmediata anterior a toda especulación sobre el conocer, ya dado con una estructura metafísica bien definida, de manera que si prescindiésemos de ella, el planteamiento del problema no podría ni siquiera formularse. El conocimiento, pues, antes de ser gnoseología es metafísica y psicología. No se puede en absoluto juzgar acerca del significado del valor del conocimiento humano sin referirse a su experiencia inmediata y a su estructura metafísica. Sólo partiendo de este supuesto se puede hallar una vía segu-

ra para resolver la problemática de la gnoseología.

En principio, para Santo Tomás el ser coincide con la verdad, no se pone en duda el axioma *ens et verum convertuntur*. La diversidad de los grados de ser determina la diversidad de las esencias. Los grados de universalidad ontológica son tantos como los grados del ser. Por consiguiente, los grados de esta verdad coinciden con los grados de la verdad y al mismo tiempo con los grados del conocimiento de la verdad. Resulta de este modo en extremo consecuente la teoría anterior con la tesis tomista de que el conocimiento no es sino la conformidad o adecuabilidad del objeto con el sujeto cognoscente. La medida de la cognoscibilidad será equivalente a la medida de la perfección entitativa existencial. El conocimiento coincide con la verdad ontológica.

El intelecto humano puede ponerse en contacto por la *vis intelectiva* con aquello que es conocido. Pero esta *vis intelectiva* actúa, bien por participación o bien por abstracción. El conocimiento por abstracción será paralelo al correspondiente grado ontológico del ser y de la verdad. La abstracción en cuanto conocimiento se conexiona con los universales, y así se inicia todo el esquema de la teoría del conocimiento, que acabará por llegar desde la simple *apprehension rei* al *intellectus principiorum*, que será el punto de partida para la comprensión del proceso lógico. De este modo, por una escala perfectamente graduada, el orden del conocer, el orden del ser y el orden de la verdad, se integran en la actividad cognoscente humana.—E. T. G.

BEUMER (Johannes): *Thomas von Aquin zum Wesen der Theologie*, en «Scholastik», año XXX, Heft II, 1955, páginas 195-214.

El punto central de la doctrina científica de la teología está, en lo que se refiere a Santo Tomás de Aquino, sin duda ninguna, en el concepto de *Scientia subalternata*, que es la aplicación, elaborada a través de ciertos cambios, del concepto aristotélico de ciencia.

Santo Tomás no partió desde un comienzo del concepto elaborado de ciencia subalterna, sino que llegó a él a tra-

vés de una elaboración intelectual cuyos esfuerzos son patentes si se considera la doctrina en las diferentes obras del gran teólogo. En el comentario a las Sentencias ya califica a la Teología como ciencia, y dice que es la que domina sobre todas las demás ciencias, que en obsequio a ella se comportan como servidoras. Puntualiza que la Teología tiene como base principios de fe y que esta doctrina, por consiguiente, no tiene que probar tales principios, sino sólo defenderlos de los contradictorios. Es patente que el concepto de ciencia referido a teología está claro, pero aún no ha llegado a la plena elaboración. En la obra *Quaestiones disputatae de veritate* se replantea el problema. El principio fundamental continúa siendo el de la ciencia y de que esta ciencia se construye sobre la razón, aunque acentuando la imperfección de la inteligencia humana, como prueba de la necesidad de apoyarse en los principios de la fe. Pero uno de los puntos de partida de Santo Tomás en estas cuestiones es el siguiente: *Utrum fides possit esse de rebus scitis*. Este punto de partida apunta ya a la idea de la ciencia «subalternata», tal y como aparece en el Comentario al libro de Boethius *De Trinitate*. Si la ciencia consiste, dice aquí Santo Tomás, en el hecho de que por algunas cosas conocidas conocamos otras desconocidas, esto también ocurre con referencia a lo divino y, por consiguiente, la teología puede ser ciencia. Esta ciencia parte de supuestos básicos, dados como ciertos, admitidos por la fe y la revelación. De aquí que de estos principios pueda desarrollarse una serie de conclusiones que constituyan a la teología como ciencia fundamentada: *Scientia subalternata*.

En la *Summa Theologica* desarrolla esta tesis ya de una manera perfecta, estableciendo los supuestos y defendiendo rigurosamente las consecuencias. Es ciencia la teología cuyas conclusiones se obtienen de principios que permiten un riguroso proceso deductivo. Teólogos posteriores han discutido esta síntesis tomista del agustinismo y del aristotelismo, quedando en cierto modo en pie el problema de si la concepción tomista de la ciencia subalternata resuelve el problema del valor científico de la teología. Desde luego, la tesis de Santo Tomás es sumamente sólida y uno de los puntos claves para la discusión.—E. T. G.